CAPÍTULO VII.

Edificante celo del P. Malagrida entre Tobajares, Caicases y Guaranis.

Andaba el Padre caritativamente embebido en mejorar y afervorar con mil industrias santas los moradores de Para, cuando recibió orden de los superiores de que se pusiera inmediatamente en camino, y volviera de nuevo á San Luis. Llamábalo la obediencia para encomendarle la misión de los indios Tobajares. Recibida tan grata nueva, al instante arregló su hatillo el obediente obrero, y se dispuso á repetir el largo y penoso camino de la capital con mayor regocijo que si fuera á tomar posesión de un dilatado imperio. Y ciertamente que ninguna incumbencia podían encargarle ni más conforme á sus apostólicas inclinaciones, ni por largo tiempo más vivamente deseada. Por esto, colmada el alma de gozo indescriptible, tomó el Siervo de Dios su bordón en la mano, colgóse su pobre burjaca, y emprendió á pié descalzo la vuelta de San Luis.

Llegado á la capital, y recibidas para el nuevo cargo las instrucciones oportunas, quedábale todavía que andar no corto trecho, puesto que los Tobajares distaban aun cosa de veinte

leguas, y tenían sus ranchos á la orilla izquierda del Itapicuru, ó mejor, tenían aquí el centro ó núcleo de esta nueva misión, constituida por tres rancherías, entre las cuales sobresalia la de los Tupinambas.

Puesto ya de asiento entre sus ansiados hijos, cual si se viera acosado de multitud hambrienta de párvulos, que á gritos le forzaban á partirles pan, así se daba prisa en desplegar todo su celo y actividad por ganar para el reino de Jesús aquellos corazones sumidos hasta entonces en la más burda ignorancia y en la tiranía de indómitas pasiones. Gran repuesto de paciencia era menester para cristianizar pueblos tan embrutecidos; y ésta, merced á su mortificación continua y frecuente riego de la gracia, no faltaba á nuestro Apóstol. Con ella acogía siempre á todos sus neófitos, y sin manifestar jamás hastío ni desagrado por sus modales groseros, por su ignorancia supina, ni por sus pesadas y numerosas impertinencias, agotaba todos los recursos de su caridad verdaderamente paternal para inspirarles sentimientos de humanidad y amor de la vida civil y cristiana.

Holgábase de verse rodeado de todos ellos; y cuando así los tenía, respirando siempre amabilidad y dulzura, unas veces les explicaba los principales puntos del catecismo, otras les hacía repetir las preces del buén cristiano, algunas les pintaba con símiles y ejemplos, ajustados á su rudeza, las eternas recompensas del justo, y los castigos perdurables del

pecador, y siempre los despedía más encariñados con la vida por él tanto y tantas veces recomendada. Estas impresiones, sin embargo, aunque halagüeñas, como recibidas en naturales frívolos é inconstantes, se les borraban pronto: y repetidas veces el incansable misionero en pago de sus privaciones y sacrificios no recibía otra retribución sino ingratitud, desdenes y ultrajes. Pero ¿qué importaba todo esto á aquel corazón magnánimo? Con el recuerdo de que en la balanza de la redención pesaba cada una de aquellas almas tanto cuanto la sangre y la vida de Jesús, ligeras y dulces le parecían todas las penas á trueque de lograr una siquiera para el divino servicio.

Sobre la misma ribera del Itapicuru, próximos á las tribus catequizadas por el P. Malagrida, vegetaban los indios Caicaises, pueblo feroz, en alma y cuerpo supeditados á los hechiceros, que ponían insuperable obstáculo á su conversión al Catolicismo. Largo tiempo hacía que se habían sujetado al dominio de los portugueses, pero despreciando todos los tratados, hollando solemnes compromisos, devastaban con el mayor descaro y osadía las vecinas aldeas, tronchaban arboledas frondosas y destruían preciosos plantíos, cultivados por los colonos con grandes sudores y fatigas. Tal era su arrojo y crueldad, que los portugueses se vieron en la precisión de escarmentarlos persiguiéndolos con las armas en la mano, y solamente á costa de supremos esfuerzos los obligaron á desistir de su bárbaro empeño,

y á esconderse en el fondo de sus barrancos.

A pesar de tanta ingratitud, terquedad y rebeldía, seguían los nuestros su obra moralizadora, y, superando inopinables estorbos, los PP. Tabares y Francisco Cardoso metiéronse animosos en los ranchos de ellos, intentando sujetar sus indómitas cervices al suave yugo del Evangelio: y gracias á los sacrificios y trazas de estos incansables obreros, los Caicaises no solo empezaron á mostrarse hastiados de la vida nómada, que miserablemente traían, sino que, perseguidos por otros bárbaros enemigos, renovaron también sus tratados de paz y guerra con los europeos, y pidieron con nuevas instancias misioneros, que los doctrinaran en la religión divina. Esto era lo que por otra parte negociaban los lusitanos, y así, como es de suponer, accedióse con gusto á la propuesta de aquellos, para cuya ejecución fueron incorporados en la misión de los Tobajares, y por lo mismo puestos á cargo del infatigable P. Gabriel.

No se puede con palabras explicar la rudeza y embrutecimiento de estos indios, solo comparables con la paciencia y destreza de su nuevo Padre. Sumidos en la más crasa estupidez parecían no haber conservado siquiera noción alguna de la existencia de Dios, y haber perdido el conocimiento de los preceptos más obvios de la ley natural. Quien quiera menos inflamado, que el P. Gabriel, en el amor de las almas, hubiera abandonado, como incapaces de instrucción, aquellos entendimientos oscureci-

dos por los vicios más vergonzosos y degradantes: pero su misma ceguedad y miseria de ellos atizaba más el celo de sus catequistas. ¡Pobres Caicaises! ¿Cómo habrían salido de tan densas tinieblas sin el auxilio de tanta caridad? Desnudos, sin morada fija, sin recursos para mañana, vagaban como las fieras de sus bosques, de cuya carne se alimentaban.

El primer cuidado del P. Malagrida, al tomar bajo su cargo á aquellos infelices, fué imponerse en los modismos de su tosca y bárbara lengua. Luego, como sabía ya por experiencia que había de penetrar más presto en sus corazones la voz del cariño, que el resplandor de la verdad, trató de ganar su confianza, conduciéndose con ellos con maternal dulcedumbre, y llevándoles presentes, que conocía serles gratos y de estima. Una vez vencidos sus recelos y cautivada su atención, visitábalos con frecuencia en sus propias chozas, prodigaba sus cuidados á los enfermos, reservábales algunas golosinas, que para ellos mendigaba, y á veces se quitaba de la boca para regalarles lo poco, que le restaba para sostener sus fuerzas. Con esta caridad y desprendimiento constante, y con otros numerosos ardides, que le sugería su celo industrioso, conquistóse poco á poco la voluntad y querer de los bárbaros, acabando por obtener que le escucharan con gusto y les empezara á parecer bien la verdad y darles en rostro sus groseros errores.

Dueño ya del campo, y viendo que á pocos lances se habían mostrado ya rendidos y tan

deseosos de su remedio, no permitía el amante Pastor treguas ni reposo á su celo. Buscaba con la mayor asiduidad ocasiones ahora de arrancar tantas y tan venenosas yerbas de supersticiones, ahora de sembrar con buen acuerdo la semilla de las verdades evangélicas, solicitando siempre el rocío fecundo de celestiales auxilios para conseguir el suspirado incremento. No se hizo éste de esperar y copioso; porque, á medida que la fe iba arraigando, veíase con la mansedumbre cristiana dulcificarse la bárbara fiereza, desaparecer la pereza nativa con algún amor al trabajo; la caridad reemplazar al sórdido egoismo, y á la luz de la verdadera religión disiparse las tinieblas de la gentilidad. Tan abundantes fueron y bien logradas las bendiciones de la gracia, que al poco tiempo quedaban pocos en la comarca que no hubieran sido regenerados en las fuentes del bautismo. Pero todo esto era llover en la mar. Así como á medida del lucro crece en el avaro el amor del dinero, y como cuanto más se acerca á la cumbre, más se ensancha el horizonte; así crecía en el ánimo del Padre la sed de más almas, cuanto más se dilataban sus conquistas; y no bien había ganado para el Evangelio á los Caicaises, cuando proyectaba ya extender la esfera de su apostolado con nuevas reducciones.

A unas catorce jornadas de navegación desde San Luis por el lecho del rio Codo, afluyente del Itapicuru, habitaban entre los lindes lusitanos los Guaranis, gente desalmada é indó-

mita. A estos quería rendir al catolicismo nuestro P. Malagrida, bien que ya otro le había precedido, y no sin gloria, en esta empresa. Era este el P. Juan Villar, Jesuita portugués, á cuya intrepidez y caridad apostólica se debió que salieran de sus fragosas barrancas para fijar su vivienda en sitio menos inculto. Mas como después de breve tiempo se presentara la viruela y causara entre los reducidos algunas víctimas, los indios amedrentados y tal vez seducidos por los hechiceros, siguiendo el hilo de su gente, quemaron sus chozas, abandonaron á su pastor, y volvieron á las antiguas madrigueras en el fondo de sus bosques. ¡Cuántos trabajos esterilizados! Pero por la divina misericordia no perdidos del todo; porque como la semilla de la nueva ley había echado en aquellos bárbaros corazones hondas raices, no pudiendo con facilidad arrancarlas, ni menos dar á completo olvido las dulzuras de una vida algo más culta, que habían saboreado, bien que en corto plazo, ya no encontraban en las selvas los hechizos y encantos, que antes los fascinaban; por lo cual, después de algunos años, echando siempre de menos los consuelos perdidos, enviaron diputados á D. Bernardo Pereira de Barredo, gobernador del Marañón, con ánimo de reanudar la quebrantada alianza.

Convino el capitán con las pretensiones de los enviados, pero á condición de que aprestaran treinta indios flecheros para ir á combatir á los Barbados, tribu sanguinaria y osada,

causadora de gravísimos daños á los colonos portugueses. Aceptaron los Guaranis las proposiciones, y como en prueba de su buen ánimo, además de haber hecho al gobernador las más lisongeras promesas de su futura sumisión y respeto, invitaron al P. Villar á que tornase á sus rancherías para proseguir la obra comenzada. Con tan gratas palabras no se hicieron de rogar ni el uno ni el otro, sino que D. Bernardo se apresuró á organizar cuanto antes la expedición militar destinada á someter á los fieros Barbados, y el P. Juan á disponer sus asuntos para volver á sus amados neófitos. Todos de consuno, como si cualquiera dilación fuera crímen inexcusable, aprestaron lo necesario para emprender el camino. Iban con la caravana, junto con el destacamento militar, algunos indios cristianos y otros catecúmenos, todos los cuales se embarcaron animosos.

El viaje fué inmejorable y al parecer agradables los auspicios. A su llegada, áun antes de dar fondo, fueron recibidos por los salvajes, que allí aguardaban, con trasportes de alegría capaces de infundir aliento al más descontentadizo. Mas desgraciadamente entre los diputados Guaranis, enviados á San Luis, se encontraba uno de los Barbados, á quienes se intentaba embestir. Este, vuelto á su país, descubrió á los caciques los planes, que contra ellos se habían urdido, y los incitó á ponerse en insidiosa celada, caer sobre los portugueses y pasarlos á todos á cuchillo. Fueron los

expedicionarios para tomar tierra, y los Guaranis desaparecieron como por ensalmo, dejando solo al Padre con los que había traido.

Por los consejos de aquel pérfido pusiéronse en emboscada, junto con muchos Guaranis, los más aguerridos Barbados, desde donde espiaban la marcha de los nuestros. Cuando los vieron en lugar estratégico, y creyeron que los portugueses estaban menos apercibidos, dado el santo y seña, lanzáronse sobre ellos con furia salvaje y sed de sangre. El P. Villar, que había sido el primero en saltar á tierra, iba á dirigirles palabras de paz, pero un golpe de macana ahogó su voz y le tendió muerto en el suelo. La mayor parte de los compañeros experimentaron la misma suerte, sucumbiendo en aquel encuentro: tan sólo pudieron escapar con vida unos cuantos, que se habían guarecido en sus barcas. Los asesinos, ébrios todavía de rabia y coraje, se cebaron en los cadáveres, arrojando al rio el del bendito mártir, después de haberlo brutalmente desnudado.

Dios le glorificó, cual con tales adalides suele hacerlo; puesto caso que, tres dias adelante, se le encontró incorrupto en medio de otros cadáveres entrados ya en putrefacción; y, ¡cosa portentosa! se le encontró rodeado de aves carnívoras, y de gran multitud de peces voraces, que los indios llaman *piraña,* ó peces diablos, y ninguno osó tocar los preciosos restos del mártir; y lo que es más todavía, su cabeza brillaba orlada de una aureola luminosa, sangre fresca manaba de sus heridas, y despedía

grata fragancia, que llenaba el ambiente. Su martirio tuvo lugar el veintisiete de Agosto de 1719.

Prontamente vengó el cielo la muerte de su fiel Siervo. Una epidemia terrible sembró el luto y la consternación, llevándose la mayor parte de los niños Guaranis y Barbados; y el desdichado, que se atrevió á manchar sus manos con la sangre del Ungido del Señor, vióse cubierto y comido vivo de inmundas sabandijas, y acabó sus dias en medio de padecimientos tan espantosos, que sus mismos parientes no pudieron menos de reconocer en ellos las divinas venganzas. Así fué que, sea por el sobresalto en que vivían, sea por temer la justa indignación de los portugueses, los asesinos se internaron más en los bosques, y no pararon hasta establecer sus tiendas á orillas del río Iguara.

Próximos á sus ranchos vivían los Caicaises, catequizados con tanto esmero por el P. Malagrida; vecindad molesta, pues se veían sin cesar inquietados por aquéllos y hechos blanco de una guerra cruel é implacable. Temiendo con esto el Misionero que los indios no se le desbandasen por huir de las vejaciones enemigas, concibió el proyecto de poner término á situación tan azarosa y no menos á la persecución de sus caros hijos ganando á la vez para Jesucristo á sus fieros perseguidores.